

CARTA PASTORAL QUE EL EXCMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO DIRIGE AL CLERO Y FIELES CON MOTIVO DE SU REGRESO A LA SEDE ARZOBISPAL DE LIMA

Amados hijos:

Han pasado tres meses desde el día en que hube de alejarme de esta mi amada Arquidiócesis con destino a Estados Unidos de América y a Europa, para atender a mi salud, asistir a la Reunión Extraordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano y practicar la Visita "ad limina", que en determinadas épocas debemos cumplir los Obispos.

Al retornar a la Sede Arzobispal siento la necesidad de dirigirme a vosotros y hacer llegar mi cordial saludo a los Excmos. Señores Obispos Auxiliares, al Venerable Cabildo Metropolitano, al Clero Diocesano y Regular, a los Religiosos y Religiosas, a la Acción Católica, Asociaciones piadosas y de apostolado y a todos mis fieles en general, para manifestar mi más viva complacencia por encontrarme de nuevo entre vosotros, para expresaros mi profunda gratitud por vuestras delicadas atenciones y deciros que durante todo el tiempo de mi ausencia me he sentido muy cerca de vuestras alegrías y ansiedades, teniéndooos muy presentes en todo tiempo y lugar de mi vasto recorrido, especialmente en mis oraciones de Padre y Pastor de la grey limeña.

"In omnibus gratias agite Deo", escribía San Pablo. Eso mismo puedo repetir ahora, cuando la Divina Providencia ha querido concederme con infinita largueza el inestimable don de la salud, tanto más apreciable cuanto es más necesaria para sobrellevar el tremendo peso del cargo pastoral. Al mismo tiempo, conmovido hasta lo íntimo del corazón, agradezco profundamente a todas las personas que me han rodeado con su generosa solicitud en esos momentos y me han demostrado su aprecio con sus oraciones, con sus filiales mensajes o en cualquiera otra forma.

Durante mi ausencia han acaecido, entre otros sucesos notables, dos acontecimientos que han sacudido al mundo católico y que nos ha tocado también muy de cerca. Me refiero al inesperado deceso de Su Santidad Pío XII, el gran Pontífice que por cerca de veinte años rigiera con singular competencia y sagacidad la Iglesia Católica, iluminando al mundo contemporáneo con su vigorosa sabiduría, derramando en él el suave perfume de sus exquisitas virtudes, atrayendo a ingentes multitudes con su paternal bondad. Su palabra encendida, clarividente y oportuna resonó siempre serena y amoro-

sa, para orientar a los hombres en la compleja diversidad de los problemas actuales, llamando poderosamente la atención de creyentes e incrédulos. Su labor tenaz e incansable por la auténtica paz de las Naciones, basada en la justicia y la caridad, comprometió la gratitud de todos los pueblos, por lo cual su memoria será realmente imperecedera. No es este el momento adecuado para intentar siquiera un breve resumen de su vasta obra en bien de la humanidad. Bástenos recordar aquí su amor a nuestra Patria, por la cual sentía verdadera predilección y cuyos sagrados intereses le preocuparon constantemente. Por ello estamos muy obligados a guardar celosamente sus enseñanzas y aplicarlas en nuestra vida cotidiana, como el mejor tributo y homenaje que podamos rendir a su santa memoria.

Si la inesperada desaparición de Pío XII nos llenó de congoja, la elección del actual Pontífice, Juan XXIII, ha sido un gran consuelo a nuestro justo pesar. Podemos estar seguros en verdad que el Espíritu Santo ha iluminado al Sacro Colegio Cardenalicio, para dar a la Iglesia el Papa que exigen las condiciones actuales. Su figura venerable, llena de caridad y sencillez, viene cautivando a cuantos a él se acercan. El pueblo cristiano ve en él al Pastor sabio, humilde y abnegado, que vive para sus hijos, y por eso hacia él convergen todas las miradas y la esperanza de los corazones, porque en él se trasunta la inmensa bondad del Buen Pastor, "que diera la vida por sus ovejas".

Nuestra Arquidiócesis, sumándose a la constante y fervorosa oración de toda la Iglesia, eleva sus preces al Señor por Su Santidad el Papa Juan XXIII, a fin de que le conceda largos años de un glorioso reinado, fecundo en santas empresas, le ilumine su trascendental labor, y le renueva en esta oportunidad su devota y sumisa adhesión, plena de amor filial.

Con motivo de asistir a las Sesiones del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), celebradas en Roma en el mes de noviembre último, para estudiar los grandes problemas religioso-sociales de América Latina y buscarles adecuada solución, me cupo la dicha extraordinaria de estar presente en la Coronación del Nuevo Pontífice y en la toma de posesión de su Catedral, como Obispo de Roma, de la Basílica de San Juan de Letrán. Quedarán grabadas para siempre en mi alma la magnificencia, la emoción indescriptible y los contornos imponentes de aquella impresionante ceremonia en la que se pudo contar más de trescientos Arzobispos y Obispos y no menos de unos doscientos noventa mil fieles en la grandiosa Plaza de San Pedro, que con devoción y legítima ansiedad seguían el desarrollo litúrgico de esos actos y no cesaban de aclamar al nuevo Papa.

Pasados algunos días de aquel fastuoso acontecimiento, fui recibido en audiencia privada por el Santo Padre y durante la media hora que me fue concedido conversar con el Sumo Pontífice pude apreciar de cerca sus extraordinarias dotes de Pastor y el admirable celo que consume su augusto corazón por las numerosas necesidades espirituales de nuestra Patria, a las que

quisiera acudir con presteza y paternal solicitud. Al terminar tan grata como inolvidable entrevista, me hizo portador de su paternal saludo y bendición para todos los fieles de la Arquidiócesis, que gustoso me apresuro a transmitirlos.

Dios, que todo lo gobierna con orden, peso y medida, dispuso que, antes de emprender el regreso a la Patria, pudiera cumplir un antiguo anhelo y propósito de ir en peregrinación a Tierra Santa, para visitar los lugares santificados por la presencia personal de Jesucristo N. S.

No son para describir los sentimientos que se apoderan del alma al recorrer aquellos venerandos santuarios. Baste señalar que constituye para todo católico como una sacudida benéfica y promisoras el hecho de poner los pies en las ciudades y aldeas de la agreste Judea o de Galilea, hermosa como un jardín que fueron teatro de la predicación, milagros, fatigas y apostolado de Nuestro Señor Jesucristo en su paso por nuestra tierra. Postrado en aquellos parajes que recuerdan los diversos pasos de su vida divino-humana, nunca como entonces pude palpar la necesidad que el mundo de hoy tiene de Cristo, como Maestro y Salvador.

Mi regreso a la Arquidiócesis ha coincidido con las solemnes y evocadoras festividades de Navidad y Año Nuevo. Ello es una magnífica ocasión para presentar al Venerable Cabildo Metropolitano, al Clero Secular y Regular, a los Religiosos y Religiosas y a los fieles todos de la Arquidiócesis de Lima un saludo muy paternal y los mejores augurios por su bienestar personal, familiar y social, lleno de la abundancia de los dones y gracias celestiales.

No quisiera terminar este saludo y exhortación a todos mis amados fieles sin recordarle que este es precisamente el tiempo más a propósito para echar cuentas consigo mismo acerca de la propia vida. Cuando un año termina y otro se inicia, se impone una revisión de la tarea cumplida en la observancia de las enseñanzas de Cristo y su aplicación a la vida diaria de cada uno, y se ve entonces todo el valor que el cristianismo asigna al tiempo, como precio de la eternidad, porque es en el tiempo, bien o mal empleado, que el cristiano va labrando su felicidad o su perdición eterna. Don de Dios, es necesario aprovecharlo al máximo, de acuerdo con la palabra del Señor: "Mientras tenéis luz, creed en la luz"; y "mientras es de día, obrad el bien, porque luego viene la noche y ya nadie puede trabajar".

Hoy más que en pasadas épocas es preciso trabajar con denuedo y perseverancia por una mayor renovación de la auténtica vida cristiana en todos los campos, de suerte que el sentido cristiano de la vida impregne y dé sabor a todas las actividades humanas, las cuales deberían desarrollarse según la sentencia de San Pablo, "realizando la verdad en la caridad".

Pero, donde esa renovación se torna urgentísima es en la familia, célula vital del organismo social y de la Iglesia, llamada a ser la fuente de ciudadanos honrados y de santos sacerdotes. El fortalecimiento, la defensa, la só-

lida constitución de la familia, rodeada de todas las garantías sociales y religiosas, debiera ser la preocupación constante y primordial de cuantos aman de verdad a la Iglesia. Vivamente anhelamos que en el Perú, de honda raigambre católica, las familias cristianas sean cada vez más numerosas y más conformes a la Sagrada Familia de Nazareth, de tal manera que, contando con numerosos hijos, informados en el verdadero espíritu cristiano de austeridad, sencillez y virtud, nuestra Arquidiócesis y nuestra Nación reciban la esperada contribución de muchos de ellos, para incrementar las filas del sacerdocio.

Finalmente, evocando en lo íntimo de mi alma las grandes emociones que apenas dejo esbozadas, quiero cumplir con el honroso encargo de transmitir la paternal bendición de nuestro Santísimo Padre el Papa Juan XXIII: "En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".

Esta nuestra Carta Pastoral será leída a los fieles en todas las Misas que se celebren en las Iglesias, Oratorios públicos y semi-públicos de nuestra Arquidiócesis en la Fiesta o Domingo próximos a su publicación.

Lima, 1º de Enero de 1959, Fiesta de la Circuncisión del Señor.

† **Juan Landázuri Ricketts, O.F.M.**
Arzobispo de Lima, Primado del Perú

A LOS ASESORES DE LA J.O.C. SUDAMERICANA

Reverendos Sres. Asesores:

Es con la más viva complacencia que os damos nuestra paternal bienvenida a esta bendita tierra de Rosa de Santa María, santificada por el heroísmo admirable del segundo Arzobispo de Lima, el egregio Sto. Toribio de Mogrovejo, que, consciente de sus grandes responsabilidades pastorales, recorrió intrépido e infatigable los dilatados campos confiados a su solicitud y vigilancia, que entonces abarcaban buena parte de este vasto continente. Al contemplar la obra gigantesca de evangelización, realizada por celosos misioneros que llegaron al Nuevo Mundo con los conquistadores y lo recorrieron incansables, no podemos menos de quedar como sobrecogidos de admiración ante la magnitud de la tarea cumplida, para dar a conocer a nuestros pueblos al verdadero Dios y sembrar en ellos la fecunda simiente del Evangelio, que luego en los siglos posteriores se ha desarrollado con vigor y ha proporcionado a la Iglesia Católica días de esplendor y júbilo santo.

Hoy, al recibirlos en esta casa del Pastor de la Grey limeña, que también es vuestra, sentimos cómo rejuvenecen esos ideales apostólicos de establecer más firmemente el reino de Dios en esta vasta región americana, continuando